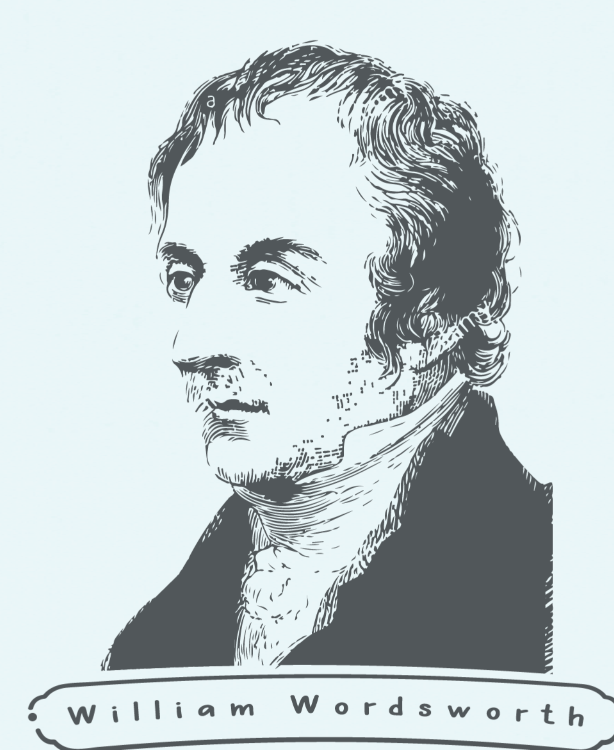
EL VIEJO MENDIGO DE CUMBERLAND Y OTROS POEMAS   WILLIAM WORDSWORTH



El viejo mendigo

de Cumberland y otros poemas



William Wordsworth



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

William wordsworth

El viejo mendigo de cumberland y otros poemas



William Wordsworth

William Wordsworth nació el 7 de abril de 1770 en Cockermouth, Cumberland, Inglaterra. Es considerado como el poeta fundamental del romanticismo.

Su vida transcurrió en la naturaleza, cursó estudios en el Saint John's College de Cambridge. Uno de sus viajes de vacaciones a Francia influenciaron en él, convirtiéndose en defensor de los ideales revolucionarios. Tras culminar sus estudios junto a Samuel Taylor Coleridge, contribuyó a la evolución de la época romántica en la literatura inglesa con su publicación conjunta de *Baladas líricas* (1798). Esta obra influyó de modo determinante en el paisaje literario del siglo XIX.

Publicó poemario como *Un paseo por la tarde y Apuntes descriptivos* (1793), *Baladas líricas* (1978) en conjunto con Samuel Taylor Coleridge, propuesto como manifiesto del romanticismo inglés.

Entre 1814 y 1822, publica *La excursión* (1814), continuación de *El preludio; El conejo blanco de Rylstone* (1815); *Peter Bell (1819), Recuerdos de una gira por el continente (1822)* y *Sonetos eclesiásticos* (1822). Entre sus demás obras poéticas se encuentran *Los de la frontera* (1842), *Michael* (1800), *El recluso* (1888), *Laodamia (*1815).

Su poesía resultaba atractiva e innovadora en un lenguaje simple y cotidiano. Wordsworth tomaba en sus poemas los paisajes, personajes y momentos cotidianos de la Lake District (región de los lagos) al norte de Cumberland.

Murió el 23 de abril de 1850 en Grasmere, Inglaterra.

El viejo mendigo de Cumberland y otros poemas
William Wordsworth

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL VIEJO MENDIGO DE CUMBERLAND Y OTROS POEMAS

El viejo mendigo de Cumberland

Vi a un viejo mendigo durante mi paseo;
y estaba sentado, al margen del camino,
sobre una estructura baja de construcción humilde
edificada al pie de una enorme colina, donde los jinetes
que descendían por el escarpado y áspero camino
podían repostar con facilidad. El viejo
había colocado su bastón sobre una piedra amplia y suave
que cubre el montón; y, de una bolsa
emblanquecida de harina, limosna de las damas aldeanas,
extraía pedazos y migajas, una por una;
y los escrutaba con una mirada fija y seria,
de cálculo ocioso. Al sol,
sobre el segundo escalón de aquella pequeña pila,
rodeado por salvajes colinas despobladas,
se sentó, y comió de su alimento en soledad:
y, a menudo, dispersadas por su mano
temblorosa, que, pese a intentar evitar el desperdicio,
estaba paralizada, las migas caían en diminutas lluvias
sobre el suelo, y los pajaritos de la montaña
no se aventuraban todavía a picotear la comida que les estaba destinada
y se acercaban a una distancia como la mitad de su bastón.

Yo le conozco desde mi niñez, ya entonces
era así de viejo, no parece haber envejecido más;
y sigue viajando, un hombre solitario,
de apariencia desvalida, a quien
el jinete al pasear no le arroja con mano
floja o descuidada su limosna sobre el suelo,
sino que se detiene, para depositar con cuidado la moneda
dentro del sombrero del viejo; no le abandona,
hasta que no da rienda a su caballo, y todavía entonces
observa al viejo mendigo con una mirada
oblicua, y medio vuelta. Ella, la que atiende
el peaje, cuando, afuera, en verano hila
con la rueca, si ve por el camino
llegar al viejo mendigo, deja la labor
y levanta la aldaba para que pueda pasar.
El muchacho del correo, cuando sus rápidas ruedas
adelantan al viejo mendigo en la vereda boscosa,
le avisa desde atrás; y si, aunque prevenido,
el viejo no cambia su curso, el chico
gira con menos estruendo las ruedas hacia el borde del camino,
y le sobrepasa despacio, sin una mala palabra
en los labios, ni enfado en su corazón.
Sigue viajando, hombre solitario;

a su edad no tiene compañía, en dirección al suelo
están vueltos sus ojos, y, a medida que avanza,
ellos avanzan sobre el suelo; y, en todo momento
en lugar del habitual paisaje común
de campos y trabajo agrario, de colinas y valles,
y de cielo azul, a una pequeña extensión de tierra
se reduce toda su perspectiva. Así, día a día,
arqueado, con los ojos atrapados por el suelo,
él se aplica a su fatigosa ruta; ve todavía,
y rara vez sabe qué es lo que ve: algo de paja,
hojas dispersas, o marcas que, en una rodada, las uñas
de una carreta o las ruedas de un carruaje han dejado
impresas sobre la carretera blanca, en la misma línea
todas las distancias parecen la misma. ¡Pobre viajero!
Su bastón se arrastra con él; su pie apenas
altera el polvo veraniego; su aspecto y sus movimientos
son tan lentos que los perros de la casa de campo,
antes de que haya pasado ante la puerta, se alejarán,
sin ánimo de ladrarle. Chicos y chicas,
los desocupados y los atareados, criadas y caballeros,
y pilluelos recién salidos del cascarón, todos le adelantan:
incluso el paso lento del carretón le deja atrás.

Pero no juzgues a este hombre un inútil. ¡Hombres de Estado!,
vosotros que estáis tan inquietos entre vuestra sabiduría,
vosotros que tenéis una escoba preparada en las manos
para librar al mundo de estorbos; soberbios,
corazones-engrandecidos, ¡mientras contempláis orgullosos
vuestro talento, poder o sabiduría, no le consideréis
una carga para la tierra! Es ley de la naturaleza que ninguna,
ni la menor de las cosas creadas,
ni las más vil y bruta de las formas creadas,
ni la más aburrida o la más nociva, debería existir
divorciada del bien, de un espíritu y de un pulso de bien,
una vida y un alma, vinculadas inseparablemente
para cada forma de vida. Quede así asegurado
que hasta la última de todas las criaturas pueda poseer
ese sublime ojo que mira al cielo y al frente
con el que cada hombre nace, para hundirse, si le deprime,
tan bajo, como para ser despreciado sin haber pecado
sin ofender a Dios, arrojado lejos de su vista, a sus espaldas,
como el seco residuo de un jardín de flores
cuyas semillas son derramadas, o como una herramienta
gastada y que ha perdido su valor. Mientras, de puerta en
puerta,
el viejo se arrastra, los aldeanos descubren
en él una historia que los une,

andanzas pasadas y oficios de caridad,
que de otro modo quedarían olvidados una vez más, y así mantiene vivo
el ánimo bondadoso en los corazones durante un lapso de años,
y esa media experiencia, esa media sabiduría que les da,
sosiega sus sentimientos, y les aleja con pasos seguros
del egoísmo y de los fríos cuidados inconscientes.
Entre las granjas y las cabañas solitarias,
los villorrios y los pueblos dispersos,
donde el viejo mendigo hace sus rondas,
la apacible necesidad de la costumbre obliga
a los actos de amor; y el hábito hace el trabajo
de la razón; y después de la jarana prepara eso
que la razón aprecia. Y así, el alma,
por la dulce cata de este placer inesperado,
acaso se encuentra intensamente dispuesta
hacia la virtud y la bondad auténtica.

Hay algunos,
exaltados por sus buenas acciones, mentes elevadas
y meditativas, autores de placeres
y felicidad, que hasta que se les acabe el tiempo
vivirán, se esparcirán y alumbrarán: estas mentes

durante la infancia, de este solitario ser,
o de un vagabundo parecido, acaso recibieron por sorpresa
(una cosa mucho más preciosa que todos los libros
¡o lo que pueden procurar las solicitudes de amor!)
ese primer suave contacto de simpatía y pensamiento,
en el que encontraron a los suyos y un mundo
donde había deseo y lamento. El hombre sencillo
que se sienta en su propia puerta, como el peral
cuya cabeza sobresale sobre el verde muro,
alimentado por la luz del sol; el robusto y el joven,
el próspero y el irreflexivo, aquellos que viven
protegidos, y prosperan en un pequeño semillero
de la propia familia; todos ven en él
a un vigilante silencioso en cuyas mentes
ha de imprimir un pensamiento transitorio
de complacencia, que alcanza el corazón
de cada uno, recordándoles sus propias bendiciones,
sus privilegios y exenciones; y, tal vez,
aunque él no le entregue a nadie la fortaleza
y la circunspección necesaria para preservar
sus actuales beneficios, y aprender a economizar
para el resto de la estación, por lo menos
no se trata de un servicio vulgar, y a ellos así se lo hacen
sentir.

Es más. Muchos hay, creo,
que viven una vida decente y virtuosa,
hombres que pueden escuchar el decálogo y no
hacerse ningún reproche; que de la ley moral
establecida en la tierra donde ellos habitan
son observadores estrictos; y no son negligentes
en el amor hacia aquellos entre los que moran,
sus parientes, y los hijos de su sangre.

¡Vaya un elogio para ellos y sus pacíficos sueños!
Pero pregunta al pobre, al abyecto pobre,
ve y pregúntale, si hay algo
en esta fría abstinencia de acciones malintencionadas
y entre estos inevitables actos de caridad
¿con qué satisfacer el alma humana?
No, el hombre es querido por el hombre; el pobre más pobre
suspira a veces por disponer de un momento de respiro
en su vida fatigosa, donde saber y sentir que ellos
han sido los padres y dispensadores
de pequeñas bendiciones, que han sido amables
porque necesitaban amabilidad, por la sencilla razón de
que todos contamos con un corazón humano.
Esa clase de placer es el propio de un ser amable que
conozco,

mi vecina, cuando con preocupación puntual, cada semana,
justo cuando llega el viernes, aunque
apurada por sus propias escaseces, ella, de su provisión de alimento,
coge un generoso puñado para la bolsa
de este viejo mendicante, y, de su puerta
regresa con el corazón regocijado,
se sienta junto al fuego, y fortalece su esperanza en el cielo.

¡Déjalo pasar, bendito sea!
Y mientras en esa vasta soledad a la que
la corriente de cosas le ha llevado, él emerge
para respirar y vivir solo por sí mismo,
sin culpa, sin ofensa, déjalo difundir
el bien que la benigna ley del Cielo
ha suspendido a su alrededor: y, mientras esté vivo,
déjalo inspirar a los analfabetos aldeanos
actos de ternura y pensamientos profundos.
¡Déjalo pasar, bendito sea!
y, mientras pueda vagar, déjalo que respire
la frescura de los valles, deja que su sangre
forcejee con el aire helado y las nieves invernales;
y deja que el viento privilegiado que barre los brezales
agite sus cabellos grises contra su mustio rostro.

Venera la esperanza cuya ansiedad vital
le da último interés humano a su corazón.
¡Que nunca una CASA, sobrenombre de la INDUSTRIA,
le convierta en un cautivo! ¡Este estruendo reprimido,
estos sonidos que consumen la vida y obstruyen el aire,
serán para él el silencio natural de la vejez!
Déjale ser libre en las soledades montañosas;
y estar rodeado, la oiga o no,
de la apacible melodía de los pájaros del bosque.
Sus placeres son escasos: si ahora han condenado
a sus ojos a dirigirse hacia la tierra,
ojos que no sin esfuerzo contemplan
el semblante del sol en el horizonte,
al nacer o al ponerse, deja que la luz encuentre
al menos una entrada libre hacia sus lánguidas órbitas.
Y déjalo, *donde* y *cuando* él quiera, sentarse
bajo los árboles, o sobre una loma herbosa
al lado de un camino, y que con los pajaritos
comparta el alimento reunido al azar, y, por último,
así como ha vivido en el ojo de la naturaleza,
¡déjalo morir en el ojo de la naturaleza!

(1798)

La abadía de Tintern

Cinco años han pasado; cinco veranos, ¡con la lentitud
de cinco largos inviernos! Y de nuevo oigo
esas aguas, rodando desde sus fuentes en la montaña,
con un suave murmullo de tierra adentro. De nuevo
contemplo los altos y abruptos acantilados,
que en esta salvaje escena de aislamiento imprimen
pensamientos de aislamiento más hondo, y conectan
el paisaje con el reposo del cielo.
El día llega cuando descanso de nuevo, aquí
bajo la sombra de este sicomoro, y veo
esas tramas de casas y terrenos, penachos de huertos
que, en esta estación, con sus frutos inmaduros,
quedan revestidos de una tonalidad verde, y se pierden
en medio de bosquecillos y matas. ¡De nuevo veo
estos setos vivos, apenas setos, líneas suaves
de concupiscente madera silvestre: granjas bucólicas,
verdes hasta la mismísima puerta; y guirnaldas de humo
elevándose, en silencio, entre los árboles!,
con alguna sensación incierta, como de
vagabundos errando en los bosques inhóspitos
o de una cueva de ermitaño, donde junto al fuego
el ermitaño se sienta solo.

Estas formas bellas,
después de una larga ausencia, no han sido para mí
como un paisaje para el ojo de un ciego:
con frecuencia, en habitaciones solitarias, y en medio del
estrépito
de pueblos y ciudades, yo les debo
en horas de cansancio, dulces sensaciones,
experimentadas en la sangre, y sentidas en la profundidad del corazón
que recorrían el área más pura de mi conciencia
como un plácido reconstituyente; sentimientos, además,
de inolvidable placer, de una clase que quizá
provoquen algo más que una ligera o trivial influencia
sobre la mejor porción de la vida de un buen hombre:
sus pequeños, anónimos, olvidados, actos
de amabilidad y de amor. En nada inferiores, confío,
a esos que puedo considerar otro regalo
de aspecto más sublime; ese bendito estado
en el que se alivian el yugo del misterio,
y el peso y la fatigosa carga
de todo este mundo incomprensible;
ese sereno y bendito estado,
en el que suavemente nos guían los afectos,
hasta que con el aliento de nuestro esqueleto corpóreo,
con el movimiento de nuestra sangre humana casi

suspendido,
nos abandonamos al sueño del cuerpo
y nos convertimos en un alma viviente:
y con un ojo fijo en el poder de lo armónico
y en el profundo poder de la alegría,
vemos dentro de la vida de las cosas.
Si esta
fuese una creencia vana, entonces, ¡oh!, con qué frecuencia
en la oscuridad y en medio de muchas siluetas
iluminadas por la triste luz del día, cuando el fastidioso
alboroto improductivo, y la fiebre del mundo,
han pendido en los latidos de mi corazón,
¡con qué frecuencia, en espíritu, he regresado a ti,
selvático Wye que merodeas a través de los bosques!;
con qué frecuencia se ha vuelto mi espíritu hacia ti.

Y ahora, con destellos de un pensamiento medio consumido
por tantos recuerdos penumbrosos y tenues,
y algo de triste perplejidad,
la pintura de la mente revive de nuevo:
mientras estoy aquí sentado, no solo con la sensación
actual de placer, sino con los pensamientos placenteros
que, en este instante, aquí, son vida y alimento
para los años futuros. Y así me atrevo a esperar,

aunque alteradas, sin duda, las mismas impresiones
de la primera vez que vine a estas colinas, cuando como un corzo
sobrevolaba las montañas, por la vertiente
de los ríos profundos, y las corrientes solitarias,
allí donde la naturaleza me dirigía: más parecido a un hombre
que huye de lo que teme, que a quien
persigue lo que ama. Entonces, la naturaleza
(los toscos placeres de mis días juveniles,
y sus movimientos de animal satisfecho, ya desaparecidos),
lo era todo para mí. No puedo pintar
quién era yo entonces. El sonido de la catarata
me hechizaba como una pasión: la alta roca,
la montaña, y el profundo y lóbrego bosque,
sus colores y sus formas, eran para mí
una apetencia, el sentimiento de un amor,
que no necesita de un encanto más lejano
que el proveído por el pensamiento, ni otro interés
que el que le presta el ojo. Ese tiempo ya ha pasado
y no volverá ninguno de sus placeres dolorosos
ni el vértigo de sus arrebatos; ni volveré
a desmayarme ni a lamentarme ni a susurrar por ellos,
otros dones he recibido; y, para tales pérdidas, los considero

una recompensa abundante. Porque he aprendido
a mirar la naturaleza, no como en la época
de mi juventud irreflexiva; sino escuchando a menudo
la sosegada y triste música de la humanidad,
ni áspera ni disonante, aunque lo bastante poderosa
para castigar y dominar. Y he advertido
una presencia que me turba con la alegría
de los pensamientos elevados; un sentimiento sublime
de algo todavía más profundamente entremezclado,
cuya morada es la luz de los soles crepusculares,
y el océano circundante y el aire vivo,
y el cielo azul, y la mente del hombre;
un movimiento y un espíritu que impelen
a todas las cosas pensadas, a todos los objetos de todos los pensamientos,
y que se desliza sobre todas las cosas. Por ello,
todavía soy un amante de los prados y de los bosques,
y de las montañas; y de todo lo que nosotros le debemos
a esta tierra verde; de todo lo que debemos al poderoso mundo
del ojo y del oído, que ellos han creado a medias,
y que perciben; y estoy bien dispuesto a reconocer
en la naturaleza y en el lenguaje de la sensación,
el ancla de mis pensamientos más puros, el aya,

el guía, el guardián de mi corazón y alma
de todo mi ser moral.

Quizá
si yo no estuviera adiestrado así, todavía sufriría más
la decadencia de mis espíritus geniales
pero tú estás conmigo aquí, junto a las riberas
de este río encantado, tú, mi mejor amiga,
querida, querida amiga; y en tu voz capturo
el antiguo lenguaje de mi corazón, y leo
mis antiguos placeres en las fugaces iluminaciones
de tus ojos salvajes. ¡Oh! ¡Mientras todavía
pueda ver en ti un poco de lo que fui una vez,
mi querida, querida hermana! Y hago esta oración
a sabiendas de que la Naturaleza nunca traicionará
el corazón que la amaba; este será el privilegio de ella
durante todos los años de nuestra vida, guiarme
de alegría a alegría: ya que ella puede dar forma a
la mente que está dentro de nosotros, impresa
con tanta quietud y belleza, y alimentada
con tantos pensamientos elevados, que ni las malas lenguas,
ni los juicios torcidos, ni el desprecio de los egoístas,
ni los saludos sin amabilidad, ni todo
el monótono intercambio de la vida cotidiana

podrán prevalecer nunca sobre nosotros, ni perturbarán
nuestra alegre fe: que todo lo que ambos observamos
está lleno de bendición. Así que deja a la luna
brillar sobre tu solitario paseo;
y deja a los vientos brumosos de la montaña la libertad
de soplar a tu paso: y, en años venideros,
cuando estos éxtasis salvajes maduren
en un placer más sobrio; cuando tu mente
se convierta en una mansión para todas las formas bellas,
tu memoria será un lugar de residencia
para todos los sonidos y las armonías dulces. ¡Oh!, entonces,
si la soledad, o el miedo, o el dolor, o la pesadumbre
son tu destino, con qué curativos pensamientos
de tierna alegría podrás recordarme,
a mí y a mis exhortaciones. Quizá no olvides,
aunque yo esté donde ya no pueda oír tu voz
ni capturar de tus ojos salvajes
esos destellos de existencia pasada,
que sobre las orillas de esta deliciosa corriente
anduvimos juntos; y que yo, durante tanto tiempo
adorador de la Naturaleza, vine aquí
sin desfallecimientos para ofrecer este servicio: aunque diría que
con un amor más cálido, oh, con el más profundo ardor
de un amor sagrado. No podrás olvidar entonces,

que después de muchos vagabundeos, tantos años
de ausencia, estos escarpados bosques y abruptos acantilados,
y sus verdes paisajes pastoriles, fueron para mí
lo más amado, tanto por sus méritos como por tu gracia.

(1798)

Resolución e independencia

I

Toda la noche se oyó un rugido en el viento;
la lluvia caía copiosamente y formaba riadas;
pero ahora el sol asciende sin prisa y brillante;
los pájaros cantan en los bosques lejanos;
sobre su dulce voz la paloma incuba;
el arrendajo responde mientras el cuervo parlotea;
y el aire está colmado de los placenteros sonidos de las aguas.

II

Todas las cosas que aman el sol están fuera de casa;
el cielo se regocija con el nacimiento de la mañana;
la hierba resplandece de gotas de lluvia;
en los páramos la liebre salta de alegría;
y con sus patas levanta de la tierra encharcada,

una nube de vapor que, iluminada por el sol,
la acompaña todo el camino, adondequiera que vaya.

III

Yo era entonces un viajero que recorría el páramo,
vi la liebre que saltaba alegre alrededor;
oí el fragor de los bosques y de las aguas distantes
o no las oía, feliz como un muchacho:
la agradable estación hizo mella en mi ánimo:
mis viejos recuerdos se esfumaron;
así como todas las costumbres humanas, tan vanas y
melancólicas.

IV

Pero, como sucede a veces, a causa del poder
de la alegría, en mentes que ya no pueden ir más lejos.
tan alto como hemos ascendido en el deleite
nos hundimos en nuestro desaliento;

es lo que me pasó esa mañana,
y miedos y fantasías cayeron espesos sobre mí:
una tristeza penumbrosa y pensamientos ciegos, que no conocía ni podía nombrar.

V

El trino de la alondra oí en el cielo;
y me vi como si fuese la juguetona liebre:
soy como esa cría feliz de la tierra;
como estas criaturas dichosas vago;
camino lejos del mundo, y de todo cuidado,
pero tal vez regresen a mí otro día:
la soledad, la pena, la angustia y la pobreza.

VI

He vivido toda mi vida entre pensamientos placenteros,
como si las cosas de la vida fueran un juego veraniego;
como si todas las cosas necesarias llegasen solas
por la simple y alegre fe, todavía ricas de alegre abundancia;
pero ¿cómo puede uno pretender que otros
hagan por él, siembren por él, y a un gesto suyo
le amen, si ni siquiera tiene cuidado de sí mismo?

VII

Pensé en Chatterton, aquel chico maravilloso,
el alma insomne que murió de orgullo;
pienso en él que caminaba colmado de gloria y alegría
siguiendo su arado, por la ladera de la montaña:
nuestro propio espíritu nos deifica:
nosotros, poetas, empezamos nuestra juventud en la alegría
y al rebasarla sobrevienen el desánimo y la locura.

VIII

Ahora bien, ya fuese por una gracia particular,
una señal de los cielos, algo dado,
en este lugar solitario, sucedió que,
mientras yo forcejeaba con estos pensamientos inapropiados,
a la orilla de una laguna desnuda a los ojos del cielo
vi ante mí a un hombre inesperado:
tan viejo que parecía haber tenido siempre el cabello gris.

IX

Así como a veces vemos una piedra enorme
apoyada en el pico de una cima calva
y todos los que la encuentran se maravillan
de cómo pudo llegar allí y de dónde;
hasta el punto que parece dotada de sensibilidad
como una bestia marina que se hubiera arrastrado
hasta reposar en un saliente de roca o arena, para tomar el sol;

X

así, en su vejez extrema, el hombre no parecía muerto
ni vivo del todo, ni completamente dormido:
su cuerpo se doblaba, su vida peregrina
le había acercado la cabeza a los pies;
como si una horrenda constricción de dolor, o rabia
enfermiza, experimentada desde un pasado remoto,
un peso sobrehumano, hubiese curvado su esqueleto.

XI

Apoyaba las extremidades, el cuerpo, y el rostro pálido,
sobre un largo bastón gris de madera pulida:
y mientras me acercaba con paso amable
por la orilla de aquella inundación cenagosa
el viejo seguía inmóvil como una nube
que no oye los vientos sonoros cuando la llaman,
y se mueve con ellos, si es que llega a moverse.

XII

Él mismo, inquieto, removía el estanque
con su vara, y miraba fijamente
la superficie del agua lodosa, que reseguía,
como si estuviese leyendo en un libro:
y entonces usé un privilegio propio de los desconocidos
y, acercándome a su lado, le dije:
«Esta mañana nos promete un día glorioso».

XIII

El viejo me devolvió unas palabras amables,
en un tono cortés mientras se volvía despacio:
y le respondí con las siguientes palabras:
«¿Qué asunto le ha traído hasta aquí?
Es un lugar solitario para alguien como usted».
Antes de que él replicase, un destello de plácida sorpresa
cruzó las oscuras órbitas de sus ojos todavía lúcidos.

XIV

Sus palabras me llegaron débiles, desde un pecho débil,
pero cada una de ellas seguía en orden solemne a la anterior,
con algo de noble elocución,
escogiendo palabras y frases bien medidas, por encima del alcance
de los hombres corrientes; un discurso majestuoso;
como los que suelen pronunciar en Escocia ante las tumbas,
los hombres religiosos, cuando rinden su tributo a Dios y al hombre.

XV

Dijo que había venido a estas aguas
a cazar sanguijuelas, puesto que era viejo y pobre:
¡un empleo azaroso y aburrido!
Tuvo que tolerar muchas privaciones:
vagaba de charca en charca, de pantano en pantano;
alojándose, con ayuda del cielo, según la oportunidad o la suerte,
y así se ganaba su honesta manutención.

XVI

El viejo seguía hablando a mi lado,
pero ahora su voz me parecía una corriente
apenas audible; no podía separar una palabra de otra;
y todo el cuerpo del hombre parecía
el de alguien al que hubiese conocido en un sueño;
o el de un individuo enviado desde una región lejana,
para insuflarme fuerza humana con los consejos apropiados.

XVII

Mis antiguos pensamientos regresaron: el miedo que mata;
y esa esperanza tan reticente a ser alimentada;
frío, sufrimiento y trabajo, y todas las enfermedades de la carne;
y la miserable muerte de los poetas imponentes.
Perplejo y ávido de consuelo,
repetí con ansiedad mi pregunta:
«¿Cómo vive y qué hace?».

XVIII

Él repitió entonces sus palabras con una sonrisa,
y dijo que, buscando sanguijuelas, había viajado
a lo largo y a lo ancho; removiendo así con los pies
las aguas de los charcos donde ellas viven.
«Hace tiempo daba con ellas por todas partes,
pero han menguado en una lenta decadencia;
sin embargo, todavía persevero, y las encuentro donde
puedo».

XIX

Mientras él hablaba así, el solitario lugar,
la figura del viejo y la conversación: todo me perturbaba,
en el ojo de la mente me parecía verle pasearse
continuamente cerca de los pantanos desgastados,
vagando en soledad y en silencio.
Y mientras yo perseguía estos pensamientos en mi interior
él, tras hacer una pausa, reanudó el mismo discurso.

XX

Y no tardó en mezclarlo con otro asunto,
pronunciado con gracia, en su estilo afable
pero majestuoso en lo que importa, y cuando terminó
podría haberme reído de mí hasta el escarnio por haber descubierto
en este hombre decrépito una mente tan firme.
«¡Dios», me dije, «me será de ayuda y estaré a salvo;
cuando piense en el buscador de sanguijuelas del páramo solitario!»

(1807)

Oda: insinuaciones de inmortalidad en los recuerdos de temprana infancia

I

Hubo un tiempo en que el prado, el huerto y los arroyos,
la tierra, y cada paisaje corriente,
me parecían
ataviados de luz celestial,
con la gloria y la frescura de un sueño.
Ahora ya no sucede como en tiempos pasados;
vaya a donde vaya,
de día o de noche,
las cosas que solía ver ya no soy capaz de verlas.

II

El arcoíris va y viene,
y la rosa está espléndida,

la luna mira con auténtico placer
a su alrededor cuando los cielos están desnudos,
las aguas en una noche estrellada
son bellas y serenas;
la luz del sol es un pájaro glorioso;
pero a pesar de todo sé, allí adónde voy,
que ha muerto una gloria de la tierra.

III

De vez en cuando, mientras los pájaros cantan,
y los pequeños corderos brincan
como al ritmo del tambor,
en lo más hondo me sobreviene un pensamiento afligido:
pero unas palabras oportunas alivian el pensamiento
y de nuevo me siento fuerte:
las cataratas tocan sus trompetas desde el acantilado;
nunca más la congoja arruinará la estación;
oigo los ecos a través de multitud de montañas,
los vientos vienen hacia mí desde campos dormidos,
y toda la tierra resplandece,
el suelo y el mar

se entregan a la alegría,
y con el corazón de mayo,
cada bestia respeta los días festivos;
tú, hijo de la alegría,
grita a mi alrededor, ¡déjame escuchar tus gritos, tu felicidad,
niño pastor!

IV

Vosotras, benditas criaturas, he oído la llamada
que os hacéis las unas a las otras; veo
los cielos sonreír con vosotras en vuestro júbilo;
mi corazón pertenece a vuestra fiesta,
mi cabeza tiene su coronal,
la amplitud de vuestra bondad, yo la siento, la siento en todo.
¡Oh, diabólico día! Si yo estuviera hosco
mientras la tierra engalana
esta dulce mañana de mayo,
y los niños recogen
en cada ladera,
en mil valles lejanos y extensos,
flores frescas; mientras el sol brilla templado,

y el bebé salta en el regazo de su madre:
¡oigo, oigo, con alegría oigo!
Pero hay un árbol, entre muchos, uno,
un simple prado sobre el que yo había puesto mis ojos,
ambos hemos hablado de algo que se ha ido:
el pensamiento, caído a mis pies
repite el mismo estribillo:
¿adónde huyó el destello visionario?
¿Dónde están ahora, la gloria y los sueños?

V

Nuestro nacimiento no es sino un sueño y un olvido:
el alma que se levanta con nosotros, nuestra estrella vital,
ha sufrido en otra parte su declinación
y viene de lejos:
ni olvidada por completo
ni en la desnudez absoluta,
sino arrastrando nubes de gloria desde donde venimos,
de Dios, que es nuestro hogar:
¡el cielo miente sobre nosotros durante nuestra infancia!
Sombras del presidio empiezan a cernirse

sobre el muchacho que crece,
pero él considera la luz, y sus flujos,
y descubre en ella su alegría;
La juventud, que a diario se aleja del este
debe viajar, todavía es el sacerdote de la naturaleza,
y por la espléndida visión
está asistido durante el camino;
a la larga el hombre percibe cómo muere,
y se desdibuja en la luz de un día corriente.

VI

La tierra inunda su regazo con sus propios placeres;
suspirando en su propia bondad natural,
incluso, con algo de la mente de una madre,
y sin propósitos indignos,
la sencilla niñera doméstica hace todo lo que puede
para criar a su hijo adoptado, su Hombre Convicto,
para que olvide las glorias que ha conocido,
y aquel imperial palacio del que proviene.

VII

Considera al chico entre sus recién nacidas alegrías,
¡un encanto de seis años de diminuta estatura!
Mira cómo se distrae entre lo que ha hecho por su propia mano,
impaciente por escapar de los besos de su madre,
¡iluminado por los ojos de su padre!
Mira cómo a sus pies hay algún pequeño plan o mapa,
algún fragmento de su sueño de vida humana,
compuesto por él mismo con un arte recién aprendido;
una boda o un festejo,
un duelo o un funeral;
esto contiene ahora su corazón,
y con esto enmarca su canto:
después, ajustará su lengua
para hablar de negocios, amor, o distensiones;
pero no pasará mucho tiempo
antes de que deje todo esto al margen,
y con renovada alegría y orgullo
el pequeño actor preste atención a otra cosa;
ocupándose de vez en cuando de su «etapa humorística»,
con el resto de personas, cayendo hacia la edad de la parálisis,

que esta vida trae con ella en su equipaje,
como si su entera vocación
fuese un imitar interminable.

VIII

Tú, cuyo semblante exterior desmiente
la inmensidad de tu alma
tú, el mejor filósofo, que todavía conservas
tu herencia, tu ojo entre los ciegos,
que, sordo y en silencio, lees la profundidad eterna,
perseguido para siempre por la mente eterna,
¡poderoso profeta! ¡Bendito adivino!
en quien tantas verdades reposan,
por las que desfondamos nuestras vidas para encontrarlas
perdidos en la oscuridad, la oscuridad de la tumba;
tú, sobre quien tu inmortalidad
medita como el día, un maestro sobre un esclavo,
una presencia que no debe ser rechazada;
tú, pequeño niño, y todavía glorioso en la fuerza
de una libertad nacida en los cielos, a la altura de tu ser,
¿por qué con esos fervorosos esfuerzos incitas

a los años a que traigan el yugo inevitable,
tan a ciegas con tu bienaventuranza en lucha?
Tu alma se llenará pronto y tendrá su carga terrestre,
y la costumbre caerá sobre ti con un peso
tan opresivo como helado, ¡y casi tan profundo como la vida!

IX

¡Júbilo! ¡En tus rescoldos
todavía hay algo que vive,
y la naturaleza aún recuerda
aquello que fue tan fugitivo!
Pensar en nuestros años pasados despierta en mí
una bendición perpetua: que no se dirige
hacia lo más digno de veneración:
el regocijo y la libertad, el credo simple
de la infancia, cuando se mueve o descansa,
con la esperanza recién desplegada todavía agitándose en su
pecho:
no es por todo esto que yo elevo
mi canto de agradecimiento y alabanza;
sino por esas obstinadas interrogaciones

sobre el sentido y las cosas fuera de nuestro alcance,
porque lo que se desprende de nosotros, se desvanece;
por los miedos confusos de una criatura
que se desplaza por mundos que todavía no se han realizado,
instintos elevados ante los cuales
temblaba nuestra naturaleza mortal
culpable, sorprendida;
por esos primeros afectos,
esos recuerdos imprecisos
que, fuesen lo que fuesen,
no han dejado de ser la fuente de luz de nuestros días,
la luz maestra de cuanto alcanzamos a ver;
que nos sostiene y acoge, y tiene poder suficiente para
convertir nuestros ruidosos años en instantes del ser
del silencio eterno; verdades que despiertan
para no morir nunca;
¡que ni la apatía, ni los esfuerzos excesivos,
ni el hombre ni el muchacho,
ni todo cuanto está enemistado con la alegría
puedan suprimirlo ni destruir por completo!
Que durante las estaciones de clima más sosegado
aunque estemos alejados, tierra adentro
tengan nuestras almas una visión de ese mar inmortal
que nos trajo hasta aquí,

puedan en un instante viajar allá,
y ver a los niños jugar cerca de la orilla,
y oír a las poderosas aguas correr eternamente.

X

Cantad pues, oh pájaros, ¡cantad una canción jubilosa!
¡Dejad brincar a los jóvenes corderos
como si siguieran el ritmo del tambor!
¡Nosotros nos uniremos con el pensamiento a vuestra
multitud,
vosotros que tocáis la gaita y vosotros que jugáis,
vosotros que a través de vuestros corazones a diario
sentís el regocijo de mayo!
Aunque el resplandor que una vez fue tan luminoso
sea ahora retirado para siempre de mi vista,
aunque nada pueda devolver la hora
del esplendor en la hierba, de la gloria entre las flores;
no lloraremos, sino que encontraremos
fuerza en lo que queda atrás;
en la comprensión original
que al haber sido una vez debe permanecer para siempre;

en los lenitivos pensamientos que se levantan
del sufrimiento humano;
en la fe que mira a través de la muerte,
en los años que traen la mente filosófica.

XI

¡Oh, vosotros, fuentes, prados, colinas y huertos,
no se presagia ninguna ruptura en nuestro amor!
En el corazón de mi corazón todavía siento vuestra energía;
solo he renunciado a un placer,
a vivir bajo vuestra continua influencia.
Yo amo los arroyos que bajan por sus canales desgastados,
incluso más que cuando viajaba tan ligero como ellos;
el inocente resplandor de un día recién nacido
todavía es encantador;
las nubes que se congregan alrededor del sol poniente
le dan la soberbia tonalidad de un ojo
que se hubiera quedado a vigilar la mortalidad del hombre,
la carrera es ahora distinta, y se alcanzan otras victorias.
Vivimos gracias al corazón humano,
gracias a su ternura, sus alegrías, y sus miedos,

el soplo de la más humilde de las flores puede ofrecer pensamientos que a menudo encuentro demasiado profundos para desgarrarlos.

Laodamia

«Con sacrificio, antes de que nazca la mañana,
he hecho promesas inspiradas por una infructuosa
esperanza, y a los dioses infernales, entre las pavorosas
sombras
de la noche, he solicitado a mi señor sacrificado:
compasión celestial, una vez más imploro
que me sea devuelto a mi mirada, gran Júpiter, ¡devuélvelo!».

Hablando así, y dotada de un ferviente amor
cargado de fe, la suplicante eleva sus manos hacia el cielo;
mientras, como el sol que emerge de una nube,
su rostro se ilumina, y se expanden sus ojos;
el pecho se le ensancha al exhalar, su estatura crece;
y ella espera la resolución en calma.

¡Oh, terror! ¿Qué ha percibido? ¡Oh, alegría!
¿Qué es lo que ve? ¿A quién ha descubierto?
¿A su héroe muerto sobre la playa de Troya?
¿Su aliento vital? ¿Su molde corpóreo?
¡Eso —si los sentidos no la engañan— es él!
Y un Dios lo conduce, ¡alado Mercurio!

Hermes habló con suavidad, y la tocó con su vara,
que calma todo miedo: «¡Cuánta gracia ha coronado tu súplica,
Laodamia! Por orden de Júpiter
tu marido recorre los caminos del aire superior:
viene para quedarse contigo por espacio de tres horas;
acepta el regalo, ¡mírale a la cara!».

La apasionada Reina saltó hacia su señor para abrazarle;
intentó consumar ese gesto una vez más;
pero la forma insustancial elude su abrazo
tantas veces como ella intenta, impaciente, el contacto.
El fantasma se desvanece, pero vuelve para unirse
y reasumir su espacio ante la vista de ella.

«¡Protesilao, aquí! ¡Tú guía se ha ido!
Confírmame, te lo ruego, esta visión con tu voz:
este es nuestro palacio, aquel es tu trono;
habla, y el suelo sobre el que pisas se regocijará.
Los dioses no me han otorgado este precioso favor
ni han bendecido esta triste espera para aterrorizarme».

«El gran Júpiter, Laodamia, no permite
imperfecciones en sus regalos: aunque soy un espectro,
no me han enviado para asustarte o engañarte;

sino como recompensa a tu fidelidad.
Y para algo más que conseguí con mis méritos;
pues la valentía de la virtud trae ganancias ilimitadas.

Tú conoces el anuncio del Oráculo délfico:
el primer griego que tocase la playa troyana
debía morir; pero la amenaza no pudo retenerme:
las causas generosas exigen una víctima;
y arranqué en dirección a la llanura arenosa;
un jefe abnegado, asesinado por Héctor».

«¡Supremo entre los héroes: los más bravos, los más nobles,
los mejores!
Nunca más lloraré tu coraje incomparable,
aquel que, cuando decenas de miles fueron abatidos
por la duda, a ti te propulsó a la fatal orilla;
tú, mi más querido —y yo te perdono—, aquí estás,
un consejero más noble que mi pobre corazón.

Pero tú, al ser capaz de dar el paso más exigente,
fuiste tan benévolo como resuelto, y tan bueno como
valiente;
y él, cuyo poder te ha restablecido, ha decretado
que deberías eludir la malicia de la tumba:

superfluos son allí tus cabellos, tus labios, tan bellos
como cuando su aliento enriquecía el aire de Tesalia.

Ningún espectro me saluda, ninguna vana sombra;
¡Ven, héroe floreciente, ocupa tu lugar a mi lado!
¡Dame, en este diván familiar, un beso nupcial,
a mí, en este día, prometida por segunda vez!».
Júpiter frunció el ceño en el cielo: las atentas parcas
lanzaron un matiz estigio sobre aquellos labios rosados.

«Este rostro te cuenta que mi destino se ha cumplido:
no deberías lamentar el cambio, incluso si
las alegrías pudiesen volver tan deprisa
y tan seguras como se desvanecieron. La tierra destruye
debidamente estos arrebatos —Erebo los desdeña:
solo tolera placeres serenos—, estos sufrimientos majestuosos.
Aprende, mi fiel cónyuge, a controlar
la pasión rebelde: los dioses aprueban
la profundidad del alma, no su tumulto;
un ferviente, y no ingobernable, amor.
Modera tus éxtasis; y llora con mansedumbre
cuando yo parta, porque mi permiso será breve».

«¿Ah, por qué? ¿No le arrancó Hércules por la fuerza
al monstruoso guardián de la tumba

el cadáver reanimado de Alcestis
para devolverlo a la tierra durante el solsticio vernal?
Los hechizos de Medea dispersaron el peso de los años,
y Aeson se mantuvo joven en medio de compañeros jóvenes.

Los dioses son misericordiosos con nosotros, y
quizá más tarde cambien: porque más poderoso
que la fuerza de nervios y tendones o el vaivén
de potencia mágica ejercida sobre el sol y las estrellas
es el amor, aunque a menudo cause angustia,
y su asiento favorito sea el débil pecho femenino.

Pero si tú te vas, yo te seguiré». «¡Silencio!», dijo él.
Ella le miró y se calmó y se animó;
el cadavérico color de sus labios había huido;
en su porte, forma y semblante, apareció
una belleza elísea, una gracia melancólica,
traídas de un lugar meditabundo pero feliz.

Él habló de amor, del amor que los espíritus sienten
en mundos cuyo curso es ecuánime y puro;
sin miedos que vencer —sin rivalidades que conciliar—,
sin nostalgia por el pasado y donde el futuro está asegurado,

habló de las artes heroicas con el ánimo más grave,
revificado, y siguió, con la armonía más pulcra,
hablando de todo cuanto es hermoso: imágenes
de belleza feliz, vapores translúcidos,
un éter más amplio, un aire más divino,
y campos investidos de destellos púrpura;
climas que el sol, que propicia los días más brillantes
que la tierra conoce, es indigno de inspeccionar.

Allí va a entrar el alma que se haya ganado
ese privilegio por la virtud. «Enfermo», dijo él,
«el fin de la existencia del hombre discerní yo
aquel que de innobles juegos y jaranas
pudo apartarse, cuando partimos, vanos placeres,
mientras las lágrimas eran vuestro mejor pasatiempo, día y noche.

Y mientras mis jóvenes compañeros ante mis ojos
(cada héroe sigue su peculiar declinación)
se preparaban para empresas gloriosas
con ejercicios marciales, o, sentados en la tienda,
jefes y reyes se reunían en consejo;
durante el tiempo que la flota permaneció amarrada en Aulis.

Llegó el viento que esperábamos: entonces yo me giré
hacia el Oráculo, sobre el mar silencioso;

y, aunque no fuese digno de encabezar el camino, decidí
que, de aquel millar de embarcaciones, debía ser mía
la primera proa en tocar la playa;
mía la primera sangre que teñiría la arena troyana.

¡Todavía más amargo, todavía tan amargo, fue el
remordimiento
cuando pensé en tu pérdida, amada esposa!
Sobre tu cariño excesivo se quedó suspendida mi memoria,
y en la alegría que compartimos durante la vida mortal,
los senderos que habíamos pisado, estas fuentes, flores,
mis ciudades recién planeadas, y torres inconclusas.

Pero la incertidumbre debería permitir llorar al enemigo,
"¡Mira cómo tiemblan! ¿Ninguno de su arrogante formación,
a pesar de su número, se arriesga a morir?".
En el ánimo me deshice de la indignidad:
viejas debilidades regresaron entonces: pero elevados
pensamientos
me consagraron a la acción, se forjó mi entrega.

Y aunque tú seas fuerte en el amor, eres demasiado
débil en la razón, demasiado lenta en tu autonomía;
te aconsejo fortaleza para perseguir
nuestra bendita reunión más allá de las sombras.

El mundo invisible ha simpatizado contigo,
que sean elevados y solemnes tus pensamientos.

Aprende, con un anhelo mortal, a ascender
en busca de un objeto más elevado. El amor
se dio, se alentó, se sancionó, principalmente para ese fin;
si la pasión se conduce al exceso
el yo podría anularse: su esclavitud pone a prueba
los grilletes de un sueño, opuesto al amor».

¡Ella gritó con fuerza cuando Hermes reapareció!
Se aferró a la querida sombra en vano:
las horas habían pasado, varios años hubiesen sido
demasiado breves;
y ningún esfuerzo mortal podía detenerlo:
ligero, hacia los reinos que no conocen el día terrestre,
cruzó el portal y tomó su silencioso sendero,
y sobre el suelo del palacio ella dejó caer un cadáver sin vida.

Así, en vano exhortada y reprobada
ella pereció, y, como por un crimen caprichoso,
fue condenada, por los justos dioses, a quienes ni un
atisbo de piedad pudo conmover, a consumir el tiempo
asignado,

separada de los espíritus felices, que recogen flores
de dichoso sosiego, entre enramadas inmarcesibles.

Con lágrimas se paga el sufrimiento humano;
y las esperanzas mortales vencidas y derrocadas
las lamenta el hombre y no solo el hombre,
como cree en su interior. Sobre la orilla
del Helesponto (esa fe era celebrada)
un grupo de árboles resinosos creció durante años
de la tumba del hombre por quien ella murió;
y cuando alcanzaron la altura suficiente
para poder ver las murallas de Ilión,
las ramas más altas de los árboles se marchitaron con la
visión;
¡una alternancia constante de crecimiento y sequedad!

(1814)

El castillo de Peele

¡Yo fui vecino tuyo una vez, áspera mole!
Cuatro semanas de verano viví de tu contemplación,
observándote a diario; y durante todo ese tiempo
tu forma estuvo durmiendo sobre un mar cristalino.

¡Tan puro el cielo, tan tranquilo estaba el aire!
¡Así, exactamente así, era día tras día!
Mirase cuando mirase, tu imagen todavía estaba allí,
temblaba, sin llegar nunca a desaparecer.

¡Qué perfecta era la calma! El sueño parecía no existir;
ni las disposiciones del ánimo que las estaciones se llevan, o traen:
podía haber imaginado que el poderoso abismo
era la más amable de todas las cosas amables.

¡Ah! Si entonces hubiese sido mía la mano del pintor,
para expresar lo que veía, y añadir el destello,
la luz que nunca estuvo, sobre el mar o la tierra,
la consagración, y el sueño del poeta;

¡te hubiese plantado, a ti, mole ancestral,
en medio de un mundo tan distinto a este!
Junto a un mar que no pudiese dejar de sonreír;
en una tierra tranquila, bajo un cielo de felicidad.

Te parecerías a una divina casa del tesoro
durante años de paz; una crónica del cielo;
de todos los rayos de sol que han brillado
se te ofrecería el más dulce.

Hubiese sido una imagen de tranquilidad duradera
sosiego elíseo, sin fatiga ni lucha;
sin otra agitación que la marea movediza, una brisa,
el sencillo silencio de la respiración viviente de la naturaleza.

Así sería la ilusión afectuosa de mi ánimo,
así sería el dibujo que hubiese trazado en aquel tiempo:
y habría visto el alma de la verdad en cada parte,
una paz inamovible que no debe ser traicionada.

Si alguna vez existió, ya no existe;
me he sometido a un nuevo dominio:
un poder se ha ido, nada puede restaurarlo;
una aflicción profunda ha humanizado mi alma.

Ni por un instante puedo descubrir ahora
un mar sonriente, ni volver a ser lo que fui:
el sentimiento de mi pérdida nunca se desgastará;
esto, que bien lo sé, lo digo con mente serena.

¡Entonces, Beaumont, amigo! Pues él hubiera sido amigo,
en caso de haber vivido, él, a quien lloro
esta obra suya no condeno, sino elogio
este mar encolerizado, y esta lúgubre costa.

¡Oh, se trata de una obra apasionada! Todavía juiciosa y buena,
está bien escogido el espíritu que aquí preside
este bajel que faena en el oleaje mortal,
¡este ominoso cielo, este espectáculo de aprensión!

Y este enorme castillo, permanece aquí sublime,
adoro ver su aspecto desafiante,
contenido en la insensible armadura de los viejos tiempos,
el relámpago, el viento feroz, y las violentas olas.

Adiós, adiós al corazón que vive solitario,
alojado en un sueño, ¡lejos de la humanidad!
Esa felicidad, dondequiera que se la conozca,
debe ser compadecida, por su infalible ceguera.

Pero bienvenidas sean la fortaleza y el aliento paciente,
¡y las frecuentes visiones de cuanto está por nacer!
Visiones semejantes, o peores, están aquí, delante de mí.
No sin esperanza sufrimos y nos afligimos.

(1807)

“Cinco años han pasado; cinco veranos, ¡con la lentitud
de cinco largos inviernos! Y de nuevo oigo
esas aguas, rodando desde sus fuentes en la montaña,
con un suave murmullo de tierra adentro. De nuevo
contemplo los altos y abruptos acantilados,
que en esta salvaje escena de aislamiento imprimen
pensamientos de aislamiento más hondo, y conectan
el paisaje con el reposo del cielo.

Colección
Lima Lee

